



ADIVINA, FABULA
Y CANTA

Literatura para niños

ADIVINA, FABULA Y CANTA

Literatura para niños



Zuleta, José, 1960-

Adivina, fabula y canta : literatura para niños / María Cristina Ruiz Echeverry, Horacio Benavides, Humberto B. Jarrin. -- Cali : Sello Editorial Unicatólica, 2019.

148

páginas : fotografías ; 21 cm.

ISBN 978-958-52090-6-0

1. Literatura infantil colombiana 2. Fábulas colombianas
3. Cuentos infantiles colombianos. I. Benavides, Horacio, 1949-, autor. II. Jarrín B., Humberto, 1957- , autor. III. Tít.

I863.6 cd 22 ed.

A1641513

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

ADIVINA, FABULA, CANTA
LITERATURA PARA NIÑOS

Fondo de Publicaciones del Valle del Cauca

Título:	Fundación Universitaria Católica
Adivina, Fabula y Canta	Lumen Gentium
Literatura para niños	©Secretaría de Cultura del Valle del Cauca
Gobernadora del Valle del Cauca	©Derechos reservados para los autores
Dilian Francisca Toro	
Secretaria de Cultura del Departamento	Prohibida la reproducción total o
Consuelo Bravo Pérez	parcial de esta obra sin autorización
	de los editores y de los propietarios
	del Copyright.
Editor	
José Zuleta	Primera edición, septiembre de 2019
Revisión de estilo	
Jennifer J. García Saldarriaga	ISBN: ISBN 978-958-52090-6-0
Diseño y diagramación	
Sergio José Ochoa Moyano	

CONTENIDO

Presentación	7
<i>Dilian Francisca Toro</i>	
Espejo al revés	
¿Dime quién es?	9
<i>Horacio Benavides</i>	
Guía para leer en voz alta	41
<i>José Zuleta</i>	
Fábulas	47
<i>Humberto Jarrín B.</i>	
Canciones y rondas	105
<i>María Cristina Ruiz Echeverri</i>	

Presentación



Presentamos a la comunidad vallecaucana, a Colombia e Hispanoamérica, los primeros siete libros del Fondo de Publicaciones del Valle del Cauca. Esta iniciativa es consecuente con las recomendaciones de la Política Pública de Lectura, Escritura y Oralidad que formulamos durante la presente administración y que tiene como propósito la construcción, estudio y difusión de nuestra identidad cultural. Según recomienda esta política: “es importante tener presente la gran diversidad de rasgos culturales que caracterizan al Valle del Cauca lo que constituye su mayor singularidad y su mayor riqueza”.

En la política editorial de este fondo daremos prioridad a obras que garanticen la recuperación y la difusión de la tradición, la producción artística, literaria y cultural; a saber: las producciones intelectuales y de investigación, de autores de la región, o de autores de otras regiones, que aborden temas concernientes a nuestro entorno. Investigaciones o producciones intelectuales y literarias que constituyan creación de patrimonio regional que nos ayuden a establecer, preservar y difundir la tradición oral y escrita del Departamento del Valle del Cauca.

Editaremos también trabajos de rescate. Esto es; producciones que son patrimonio cultural de la región pero que debido a su antigüedad o mala fortuna editorial, no se conocen. Publicaremos también los trabajos de nuevos creadores e investigadores, que según criterios de calidad, son el futuro patrimonio cultural de la región, así como las investigaciones dirigidas a la creación de patrimonio a partir de rasgos culturales inmateriales como tradición oral, medicina tradicional, música no escrita o documentada, recetas de la tradición gastronómica popular, mitos, leyendas, décimas y canciones, vestidos y atuendos tradicionales, entre otros temas, serán el derrotero del fondo que nace hoy con estos primeros siete libros.

Agradezco al Grupo de Editoriales Universitarias del Pacífico, GEUP, a las escritoras y escritores del Valle del Cauca, por hacer parte de esta iniciativa que nos permitirá mirar hacia el futuro desde una valoración positiva de nuestra identidad y seguir trabajando de corazón.

Dilian Francisca Toro
Gobernadora del Valle del Cauca

ESPEJO AL REVÉS
¿DIME QUIÉN ES?

Horacio Benavides

Guía provisional para escribir una adivinanza



Antes de embarcarse en esta aventura, realice una preparación que le resultará útil: escuche adivinanzas de la tradición popular, lea poemas breves y rimados. Su oído se irá adecuando, se irá formando dentro de usted una especie de matriz que le permitirá moldear el objeto que busca.

Recuerde que la adivinanza es un texto corto y explosivo, una pompa de jabón que brilla y desaparece dejando una estela de interrogantes. Puede ir de una línea a una cuarteta, una adivinanza larga se cae por el peso de su cola.

Para escribir una adivinanza se requiere un poco de inocencia, de ingenuidad, en suma, de algo de tontería. Un amigo, por momentos torpón, me salió un día con esta adivinanza que no deja de tener su gracia: A yo me gusta un juego ¿qué juego me gusta a yo? (¡No es a yo, burro, es a mí!) A los dos nos gusta un juego ¿qué juego nos gusta, di?

Elija el objeto de su adivinanza, persona animal o cosa. Es preferible escoger un ser genérico. Se podría hacer una adivinanza sobre Pedro o Juan, pero tendría un radio de acción limitado.

Elegido el objeto, aprenda a ocultarlo. El interés por lo oculto es una de las claves del hombre. Puede ocultarlo en la manga de la camisa, aunque es mejor reemplazarlo por un objeto semejante. Haga comparaciones. Aquí un ejemplo: pez: flecha del agua, ballena: bus de los mares, muerte: sueño sin orillas, mariposa: flor que vuela.

Usted tiene ya la adivinanza en la punta de la lengua. Le bastaría dejar el objeto análogo para tener la adivinanza: bus de los mares.

La adivinanza es una pregunta sobre el objeto escondido, ya sea explícita o implícita. ¿Cuál es el bus de los mares?

Hay adivinanzas rimadas y no rimadas. Si las prefiere rimadas, intente la rima. Si la rima no le sale perfecta quédese tranquilo, una adivinanza coja puede tener su gracia.

Con la adivinanza hecha, póngala a prueba; plantéese a un grupo de niños; si los niños abren los ojos y se apresuran a encontrar la respuesta, usted coronó. Si eso no pasa, recuerde que el fracaso es uno de los caminos del aprendizaje, e intente de nuevo; si después de muchos intentos la cosa no funciona, reconozca que usted no nació para eso.

1

Hermana del sol
de cara gatuna

Lámpara del pobre
y del que tiene fortuna

Adivíname ésta
adivíname una

2

Voy y vengo
no me detengo

Toco y meneo
mas no me veo

3

¿Cuál es el rey
sometido al destino
que en carroza de oro
madruga al camino?

4

Por lluvia o amenaza
resolvió cargar su casa

Para quien adivina
¿cuál es la piedra que camina?

5

Si la vista no me engaña
se acerca una montaña

Mas el moco por delante
anuncia un...

6

Barrio de la paz
donde vive el ciprés

Barrio del jamás
adivínalo pues

7

Vida guardo, es cierto
vida de unos ojos espero

Me abres y me despierto
me cierras y me muero

8

Con su panza y armadura
miedo procura

Con su cuerno en la nariz
se me muere la lombriz

9

Vive en el monte
vive en el pozo

Aunque feo
guarda al hermoso

Mejor en silencio
que melodioso

10

Baila cuando camina
arrastrando siempre los pies

Arrea lo de poca estima
lo que usado y muerto es

11

Cuelga su casita
la cuida y abrillanta

La visita que recibe
se acuesta y no levanta

12

El sol la agarra
y ella que grita

El sol insiste
ella no calla

Si no adivinas
la dama estalla

13

Hay un puente de colores
por el que no pasa la gente

Es bello cual las flores
y se borra de repente

14

Pica y pica
el animalito

Y por donde pasa
deja el rabito

15

El violín
me cansa sin fin

El saxofón
me aburre un montón

¿Qué instrumento
me causa trabajo?

16

Con mil patitas caminando
tamborileando con los pies

La gente la ve y corre
y un monstruo no es

17

—A yo me gusta un juego,
¿qué juego me gusta a yo?

—¡No es a yo, burro,
es a mí!

—A los dos nos gusta un juego,
¿qué juego nos gusta, di?

18

Viajo silenciosa
la boca cerrada

Pero guarda voces
mi alma callada

19

Con el maletín
colorado

Va al colegio
muy afanado

Tal vez no llegue
pues va de lado

20

A la chica que me encanta
el mar se la llevó

Escribí su nombre en la arena
la mano del mar lo borró

21

En una rama
hecha de nada y tiempo

Siete pájaros vuelan
y siete los reemplazan
al momento

22

Escucha tu sueño
recibe tu queja

Doncella o vieja
pones tu cabeza en ella

23

¿Qué animal lleva en el bolsillo
su tesoro?

24

Toca
y cuando toca
parece su instrumento limar

Canta
si eso es cantar
y su canto desvela

¿Quién te pone a dudar
entre reír o llorar?

25

Escribo con fuego
en la página del cielo

Me despido
cuando llego

Espejo al revés ¿Dime quién es?

1. La luna
2. El viento
3. El sol
4. La tortuga
5. Elefante
6. El cementerio
7. El libro
8. El rinoceronte
9. El sapo
10. la escoba
11. La araña
12. La chicharra
13. El arco iris
14. La aguja
15. El contrabajo
16. La lluvia
17. El yoyo
18. La carta
19. El cangrejo

20. Marcela
21. La semana
22. La almohada
23. El canguro
24. El grillo
25. El relámpago

Horacio Benavides

Colombia (Bolívar - Cauca, 1947)

Vive en Cali, ciudad donde realiza talleres de poesía con niños y jóvenes. Libros de poemas publicados: Orígenes, Las cosas perdidas, Agua de la orilla, Sombra de agua, La aldea desvelada, Sin razón florecer (Premio Nacional de Poesía Instituto Distrital de Cultura de Bogotá, 2001), Todo lugar para el desencuentro (Premio nacional de Poesía Eduardo Cote Lamus, 2005), De una a otra montaña (Poesía reunida, Universidad Nacional de Colombia, 2008), La serena hierba, antología. Ha publicado también los libros de adivinanzas: Agua pasó por aquí, y Ábrete grano pequeño. Su libro La serena hierba recibió el Premio Nacional de Poesía 2013 del Ministerio de Cultura de Colombia.

GUÍA PARA LEER EN VOZ ALTA

José Zuleta

Convocatoria



Se convoca en la biblioteca pública, en la biblioteca del colegio o en un salón de eventos distinto al aula de clases. Preferiblemente un lugar de actos; si los hay, el teatro o el auditorio, son espacios recomendables.

Si no se dispone de ellos, es bueno modificar el aula de clases para desarrollar la sesión, a partir de la disposición de los pupitres o sillas, creando un círculo, o un pequeño auditorio.

El propósito de tales cambios es que los niños perciban que se trata de algo muy especial. De algo importante.

Características Del Grupo Convocado

1. Veinte niños como máximo (preferiblemente 10).
2. Edades: entre 7 y 10 años.

Características de la lectura en voz alta

Para grupos de niños que aún no leen de corrido, no es recomendable estimular lecturas en las cuales puedan ser objeto de bromas o burlas. La lectura no es sufrimiento, es gozo y es un alegre ejercicio de la inteligencia.

En estos grupos es recomendable que el lector sea el maestro, el bibliotecario o un lector escogido.

Carácter de la lectura en voz alta

En la sesión de lectura en voz alta el protagonista debe ser el texto, no el lector. Un buen lector en voz alta es aquel capaz de expresar todas las bondades del texto: ritmo, sentido, tono, humor, dramatismo, intimidad; capaz de transmitir la riqueza que atesora el texto leído en voz alta, sin hacerse notar.

Es recomendable que la lectura no sea un acto de recreación o de sobreactuación.

El *lector recreacionista*, que se disfraza, que imposita la voz y realiza una pantomima teatral del texto, no está acercando al niño a la lectura, lo está alejando de ella. La lectura en voz alta no es una distracción; es un ejercicio de creación, es un gozo estético e intelectual en el cual quien lee es coprotagonista y quien le escucha, su complemento.

Actividad de apertura: convocar al amigo de las historias, al caballero de la lectura; al silencio

Es útil hablar del silencio como una presencia cercana, un amigo, un ser especial que debe ser invitado en cada lectura para que nos acompañe y nos ayude; lograr personificarlo como el mago, el amigo de las historias. Alguien que es necesario convocar para que nos guíe y nos permita leer.

El maestro, el bibliotecario o quien oficiará de lector, se pondrá de pie y con actitud tranquila, convocará al Caballero del Silencio. Luego, cuando en la actitud del grupo el silencio logre incorporarse, dirá “Gracias, Silencio, por acompañarnos en esta lectura”, y dará comienzo.

Duración de la sesión de lectura en voz alta

Para niños y jóvenes es recomendable realizar lecturas de uno o varios textos que no excedan los 20 minutos. Cuando la lectura es realizada a través de varios lectores, es recomendable la previa selección de los textos que se leerán, para lograr que la participación de los lectores sea equilibrada. Por ejemplo: cuatro lecturas de cinco minutos aproximadamente.

Conversación sobre lo leído

Después de la sesión de Lectura en Voz Alta, es recomendable realizar una conversación libre y espontánea sobre lo que se leyó. Es preciso desarrollar este

intercambio, con todo tipo de grupos y con participantes de todas las edades, pues ante esta experiencia, cada cual tiene algo que decir. Para ello, el conductor del grupo debe oír a quienes oficiaron de lectores y a quienes escucharon, y propiciar comentarios sobre la calidad de los textos, sobre la calidad de las lecturas y sobre el silencio logrado por lo escuchas.

FÁBULAS

Humberto Jarrín B.

Presa o las divisiones inversamente proporcionales



Del libro “Todo el mundo tiene su fábula”

Apoco de caminar en busca de alimento, la Hormiga se encontró con una gigantesca presa, la abrazó con ambición y quiso llevársela de inmediato a su guarida, mas cuando fue a cargar con ella, la realidad física, que para algunos pesa más que para otros, se lo impidió.

Enseguida fue a buscar ayuda pero, como nadie habría de socorrerla sin cobrarle una buena tajada por sus servicios, aceptó renunciar a una parte de su tesoro si quería conservarlo, de modo que a su pesar le propuso a un Gusano que encontró:

–Si me ayudas a llevar la presa hasta el lugar que yo te indique, te daré la mitad.

Gustoso, el Gusano se dispuso a cargar con el asunto, mas cuando fue a levantar la presa no pudo siquiera moverla. Pensando en alguien que pudiera ayudarlo se topó con un Ratón a quien propuso:

–Si me ayudas a llevar la presa hasta el lugar que yo te diga, te daré la mitad de lo que me corresponde.

Se cerró el trato, pero todas las ganas del Ratón de acometer con ella fueron inútiles, apenas consiguió moverla. Pensando en alguien que pudiera ayudarlo se topó con una Zorra a quien propuso:

–Si me ayudas a llevar la presa hasta el lugar que yo te diga, te daré la mitad de lo que me corresponde.

Aceptando, quiso la Zorra llevar el encargo al sitio indicado y tuvo que conformarse con medio moverla un segundo del piso. Pensando en alguien que pudiera ayudarla se topó con un Lobo a quien dijo:

–Lleva por mí esta presa al lugar que te señale y será tuya la mitad de lo que me toca.

El Lobo empleó todas sus mañas y su fuerza para cargar con el botín y lo movió un poco, pero éste era todavía superior a sus fuerzas.

Y no quedó más remedio que cada cual fuera cediendo sucesivamente su mitad para que otro más fuerte transportara la presa por él, hasta que llegó el León, quien pudo sí con facilidad levantarla y llevarla adonde se lo habían propuesto.

Por el camino, ansiosos, con paso excitado, andando apresurados alrededor del fuerte cargador, todos aquellos que no pudieron remolcar con ella iban repartiéndose matemáticamente la comida:

–Recuerden, la mitad es mía –dijo la diminuta Hormiga.

–Y mía la mitad de la mitad –apuntó el Gusano.

–La mitad de la mitad de la mitad me pertenece –
recordó el Ratón.

–Y la mitad de lo que resta es de mi propiedad –observó
la Zorra.

–Y de eso la mitad es mía –reclamó el Lobo.

Así hasta que el León, viendo la multitud que lo seguía y
cargando con el peso de la evidencia que le mostraba que
de seguir el curso de aquellas divisiones en serie para él
sólo quedaría mucho menos que un bocado, sin reparar en
más razones aritméticas aceleró la carrera y se llevó toda
la presa.

Araña o el tejido del destino



Para aliviar la disminuida economía familiar, la Araña montó en su casa una pequeña empresa doméstica. Aprovechando su innata habilidad, la viuda tejía cortinas, manteles y tapetes que iba luego a ofrecer de puerta en puerta por todo el vecindario.

Sumada a la delicadeza de su obra netamente artesanal, la buena suerte estuvo de su lado y fue bien recibida su labor por los demás, al punto de que con el tiempo no pudo ella sola dar abasto con los pedidos que aumentaron y aumentaron. Por eso, cuando sus cuatro bellas hijitas estuvieron en capacidad de producir las incorporó al trabajo, sentaditas junto a ella tejiendo, tejiendo, tejiendo...

Vivían ocupadas, con escaso tiempo para el descanso y las diversiones, aunque a su modo, satisfechas, llenas por el gusto de las faenas cumplidas, digamos entonces que conformes, pues junto a los azares del trabajo compartían humilde y estrechamente su solitaria relación familiar con calidez.

La vida en su rueca habría seguido hilando ese hilo modesto y frágil –pero seguro en los últimos tiempos y al que la familia se había aferrado para la supervivencia–, de no ser porque el destino también hace en él sus propias torsiones con que a veces... lo rompe.

Las cosas cambiaron. Cambió el país, de un momento a otro y por todos lados no hubo más que privatizaciones, aperturas económicas, libertad de importaciones, unos ventarrones que sacudieron y removieron todo el andamiaje productivo y que una artesana Araña no podía controlar.

Sobra decir que quebró. Los sueños que la familia había hilvanado, en medio de la austeridad luchada pero sostenida, se vinieron al suelo.

Las cortinas, los manteles y tapetes y miles de productos más traídos por toneladas del extranjero resultaban más baratos, el surtido más completo, y se podían conseguir en todas partes.

Las hijas, que en medio de la crisis vieron al fin la oportunidad de hallar aliciente, dedicándose a sus propias fantasías aplazadas por tanto tiempo, se entregaron al amor explosivo de su última juventud, que no hizo más que aumentar el número de bocas por alimentar en casa. Fue entonces que se vieron en la obligación de conseguir empleo a toda costa, y cuando del extranjero lo ofrecieron, sin importar las condiciones ni el pago, se dejaron llevar a trabajar a lejanísimos países, en fábricas inmensas que aprovecharon su habilidad probada, su perfeccionada mano de obra.

La anciana Araña, desprendida de sus hijas, sus cuatro amores, queda dependiendo de la ayuda que éstas puedan enviarle periódicamente y al cuidado de sus nietas, que ahora son su consuelo, de quienes esconde las agujas de tejer, sin preocuparse siquiera de iniciarlas, como es la tradición, en los principios de la tejeduría, a pesar

de las indagaciones que sobre este asunto han hecho últimamente sus madres desde lejos...

Lucha, penosamente, con sus ocho patas contra el destino.

Águila, cosmética y necesidad



Que las Águilas se jacten de tener la mejor de las vistas sobre el planeta no es razón suficiente ni necesaria para que una de ellas de cuando en vez no nazca con algún problema óptico, por ejemplo, la miopía, y el Águila de quien voy a hablarles es la prueba.

Sucede que al principio creyó que era simple torpeza de cazador principiante: ver la presa borrosa, calcular mal la distancia, acelerar la picada según estos datos, luego el estrellón, la presa evadida, la frustración que explicaba los dolores de cabeza, etc. ¿Dónde, pues, quedaba exactamente la realidad? ¿Más allá o más acá? Unos pocos milímetros hacen la diferencia de tantas dimensiones.

Aprovechándose de los adelantos de la Ciencia, el Águila fue adonde el oftalmólogo, quien la tranquilizó, diciéndole:

—Lo que usted padece, querida amiga, es miopía; un defecto que sólo le permite ver claras las cosas próximas al ojo.

—¡Y yo que mantengo en esas altas lejanías, doctor!

—Pero eso tiene solución. La imagen de la presa distante sus ojos la forman delante de la retina, viéndola por ello borrosa, confusa, defecto que se puede corregir con la divergencia.

–¿Cómo así?

–Sí, con el uso de lentes divergentes.

Le recetaron unas gafas y salió el Águila del consultorio, medio mareada, viendo al principio más raro aún (¡lo que cuesta poner la realidad en su sitio!), con los tropiezos iniciales de ver el mundo ni más allá ni más acá, sino donde era, pero convencida de haber solucionado sus problemas.

Bueno, hay cosas que no se pueden prever, ni aun con las correcciones hechas, a las primeras de cambio, y ocurrió que, cuando el Águila reinició sus cacerías y debía caer en picada a su asombrosa velocidad, llegaba un momento en que su prótesis de visión comenzaba a escurrírsele y ella, claro, para no perderla ni perder de vista su objetivo, debía hacer uso de sus garras sobre sus gafas para sostenerlas...

Y cuidar los anteojos y tratar de atrapar la presa al mismo tiempo hacían de la cacería un oficio muy molesto y nada productivo.

Fue de nuevo adonde el especialista, quien esta vez le recetó unos lentes de contacto, ¡qué maravilla!, sobre todo qué maravilla saber que podía, incluso, escoger el color de sus ojos, así que, cansada de aquel color amarillento (¿hasta por eso sería?) de sus defectuosos ojos naturales, pidió lucir en adelante el precioso color azul del mismo cielo.

Y no es difícil imaginar al Águila luciendo altiva esos ojos que se confunden con el cielo, con esa mirada ya no sólo perfecta, sino además, y sobre todo esto último, embellecida; algo de cosmética en las pestañas, que ha hecho alargar hasta la seducción, y ese rubio color de su

copete emplumado, hacen de ella la más bella figura que surca los aires.

¿Que mantenerse así ocasiona mucho esfuerzo? Sí, cuesta. Pero el Águila espera hacerse a una dieta mesurada que reduzca al mínimo sus ratos de cacería, pues en verdad el tiempo lo necesita para limpiar, lubricar, cuidar y lucir los lentes celestiales que hacen de ella un Águila sin igual, con unos ojos que nadie tiene y que algunas Ratas, Ranas y Serpientes no paran de admirar.

Ratona, matrimonio y enamorado



–¿Sabe una cosa? –le confesó la Ratona a su interlocutor de turno mirándolo seductoramente a los ojos–; sé que apenas acabo de conocerlo, pero no me resisto a declararle que estoy enamorada de usted.

–¿Es lo que se llama un amor a primera vista? –preguntó el galán con juguetona vanidad.

–No sé si así se llame, en verdad nunca he estado interesada en los nombres de esto o aquello, respondo por lo que siento.

–¿Sí?

–Sí. Y podríamos casarnos, y tener una cuevita que tú te cuidarás de mantener, y tendríamos muchos pero muchos hijos, aprovechando mi ardorosa y prolífica naturaleza, y...

–Este... Bueno... No niego que lo encuentro muy halagador y sugerente, que hasta me gustaría, pero sucede que somos *diferentes*.

–¿Cómo *diferentes*? ¿Acaso tiene usted una cierta debilidad, no es usted, en el amplio y completo sentido de la palabra, un Ratón?

–No.

–¡¿No?!

–No. Soy un Murciélago.

–Vaya, disculpe usted, señor. Y adiós.

–No hay cuidado. Que le vaya bien. Y en verdad siento no haber clasificado.

En tanto la Ratona visiblemente desilusionada se aleja, el asediado casadero se queda cantando muy contento, pues una vez más, con esa vieja estratagema de hacerse pasar por un Murciélago, ha logrado conjurar con éxito el recurrido y acechante fantasma del matrimonio.

Hiena, mitomanía y gallinazos



Bajo un sol calcinante y al borde de caer sobre el polvoriento piso, la Hiena cargaba su desgracia de no probar bocado alguno en una semana. En todos lados veía espejismos que no hacían más que retorcerle penosamente las tripas desoladas.

En eso descubrió una montonera de Gallinazos que aleteándose unos a otros a ras del suelo se mataban por levantarse victorioso cada quien el flaco cuerpo de una Gallineta. Tantos eran los que se tiraban a un mismo tiempo que, tropezándose, ninguno había logrado atraparlo.

Luego de verlos en tan inútil como flaca carnicería, la Hiena les gritó:

–¿No os da vergüenza?

–¿Vergüenza? –espetó alguno con voz agresiva, como diciendo “¿Ve?, ¿y a este entrometido qué bicho lo picó?”– . Tenemos hambre. Hace días que no comemos ni un Gusano.

–Pues a mí sí me daría vergüenza pelear esa poca cosa empolvada, con tanta comida como hay.

–¿Dónde, dónde? –preguntó ansioso uno de los pajarracos.

–Quieto, torpe –apuntó el primero, pegando un aletazo en la cabeza a su compañero para que se callara–. Bueno, y si hay tanta comida como dices, ¿cómo es que no has comido tú?

Mostrándole la más satisfecha de las caras, la Hiena le respondió:

–¿Y qué crees que he hecho? ¡Lo que sucede es que hay tanta! Un Elefante de nutritiva y apetitosa carne corrupta está a su punto, ¡tal como nos gusta!, desde hace días, allá, detrás de aquella colina, junto al río seco. Comí hasta hartarme y no quiero saber más de comida alguna quién sabe hasta cuándo... Pero allá vosotros si queréis seguir peleando por ese ripio polvoriento y desnutrido.

No bien hubo terminado la Hiena su discurso gastronómico se alzó una nube de Gallinazos hacia la dirección indicada, dejando abandonada la paupérrima presa.

Entonces, de un solo golpe la Hiena se engulló la descuajada mortecina y se reía viendo la nube negra que presurosa se alejaba en busca de la tal comida.

Súbitamente, la risa se le transformó en una tonta tosecita y luego en una sospechosa duda con que reconsideró seriamente la posibilidad cierta de lo que ella misma había afirmado, y sin pensarlo más salió corriendo, dejando el polvero tras de sí para llegar antes que los Gallinazos al sitio que les había indicado, no fuera a ser cierto aquello de la cantidad de carne tirada y de pronto, de demorarse, se quedara sin nada.

Las falditas del avestruz



Había una Avestruz que sin el menor pudor ni recato decidió un día mostrarle a todo el mundo cuán largas y bellas eran sus piernas, adornadas por una recogida y redondita falda cuya función, según apreciaban los demás, resultaba bastante ambigua: no se sabía si en verdad cubría o mostraba.

Era motivo de alboroto y entusiasmo entre los machos, motivo de críticas y reprobación entre las de su mismo sexo, aunque, en el fondo, sobre todo las jóvenes, admiraran en secreto su novedosa osadía, su valeroso proceder.

A todas estas murmuraciones la Avestruz como si ni se enterara. Ella era ella, y en consecuencia se pondría lo que le gustara, mostraría lo que quisiera. Por ello, entre coqueta, convencida de lo suyo y autosuficiente, forradita en su minifaldita, con ese pasito perfectamente medido y premeditado como el de una bailarina, salía por el pueblo a dar sus acostumbrados paseos.

Hasta el viento era cómplice y le encantaba aquel vestir desenfadado, así que para hacer más excitante su caminar por los parques se enredaba juguetón entre las esbeltas piernas torneadas, levantándole otro tris la falda.

No había duda, era la reina por donde pasaba, reina no sólo por la corte de admiradores, ¡y de detractores!, sino además por ser la única.

El tiempo pasa, unas veces con paso de Liebre, otras con velocidad de Tortuga, pero pasa, y un día, en esas revisiones de rigor que la Avestruz daba a sus piernas – no sólo para satisfacer su ego sino también para estar segura–, ¡oh, oh!, ¡no puede ser!, descubre los primeros brotes de celulitis y los primeros vasos llenos, inflamados, con que se avecina, a galope, la vena várice.

Nada que no sea normal, natural, es cierto, sólo que a la Avestruz le ha pasado el tiempo en que la belleza le brota sola, espontánea, y le ha llegado el tiempo en que la belleza requiere trabajo, sacrificio.

Decide, pues, no volver a salir y someterse a un tratamiento riguroso e intensivo de cremas, masajes y ejercicios, que le toma meses.

No es sólo un tiempo de recuperación física, lo es también de reflexión. Sabe lo que ha hecho, sabe lo que su acto ha representado para todas las de su sexo, aunque no lo quieran o les cueste reconocerlo.

También se ha dado cuenta de que eso que empezó como un desplante, como una provocación juvenil, como una moda, se ha convertido para ella en una lucha, lucha que debía retomar, así que apenas los tratamientos dieron algo de resultado salió a cumplir su misión... Pero... ya no era necesario.

La revolución ya estaba hecha.

Con tristeza y algo de envidia vio, apenas logró la calle, que otra Avestruz, con unas piernas tan bellas y quizá

más que las suyas, llevaba la minúscula y redondita falda, y más allá otra y otra y otra y otra más... ¡Todas! Y ya no importaba qué tan bellas, largas y torneadas tuvieran sus piernas, no hubo reglas, no hubo norma que impidiera que cada quien mostrara lo que tenía para lucir.

Sí, sintió tristeza porque ya no era la Reina, y envidia porque sus recuperadas piernas con tesón eran unas más entre aquel bosque de piernas frescas y nuevas que había para mirar y admirar. Pero a la par sintió también orgullo, satisfacción, porque después de todo aquellas Avestruces obtusas que habían sido las primeras en criticarla, amarradas a la más conservadora tradición de llevar unas faldas largas hasta los tobillos, seguían ahora su ejemplo, liberándose y liberando a sus descendientes de aquella antigua y puritana costumbre que les impedía (¡no faltaba más!) mostrar sus piernas tal y como la Naturaleza en su amorosa y estética bondad se las había esculpido.

El pingüino o los modos del vestir



Como la elegancia del Pingüino era proverbialmente conocida y reconocida por todos y en todas partes, éste se daba el lujo de criticar no sin cierta arrogancia y desplante la vestimenta de los demás.

“Qué trapo más burdo y descuidado el que luce ese Chimpancé”.

“Los Flamingos deberían ser más recatados en el uso de esas medias tan estrafalarias... ¡Payasos!”

“Esas Avestruces, ¿ah?, nada pudibundas con esas englobadas minifaldas sin clase, y hasta ridículas, porque más parecen pañales que cualquier otra cosa”.

“De la Mona ni hablar, porque la Mona aunque se vista de seda Mona se queda”.

“Muy fuerte el señor, sí, nadie lo duda, pero de pésima estética la plana vestimenta del Rinoceronte. Bueno, no se le puede pedir finura a la cabuya, también es cierto que nada de lo militar podría ser de buen gusto”.

“Y el Elefante será Elefante, pero nunca *elegante* si no le pone un poco más de cuidado a esa lona que se echa encima y a desgano... ¡Siempre con el traje arrugado!”.

“Oh, no, esto sí es el acabóse... esta tendencia dizque vanguardista de las Cotorras, todas pintarrajeadas, llenas de perendengues extravagantes, ¡barrocos! No, no. Lo clásico es lo fino, y siempre lo será. El blanco y el negro: toda la luz o nada. Pero no ese desperdicio, ese reguero alborotado y sin causa que provoca vértigo”.

“Tal vez de las Culebras, con su porte y su distinción, se pueda decir que entiendan algo del sentido de la elegancia, pero ahí está que las muy impúdicas dejan tiradas sus ropas por todos lados, y a cada rato...”.

Considerad éstas, sólo algunas –apenas las publicables– de las apreciaciones del Pingüino que, como verdaderos dardos, suelta zahiriente en todas las reuniones sociales a las que asiste, siempre engalanado como un dandy.

Sapo, poema y estética



Inflado por el recuerdo de su amada, frío por su ausencia, el Sapo en lo profundo de su alma siente un incontenible impulso de expresarle sus sentimientos, de abrirle su corazón, y como también se siente medio poeta decide escribirle.

Se inspira en lo que más adora de su amor y crea un poema a los saltones, desorbitados, lagrimosos y bellos ojos encendidos de su amante.

Es un poema sencillo, elemental, a la vieja usanza de los poetas populares enamorados, románticos, con estilo llano, sin que en él asomen siquiera preciosismos barrocos, o alusiones eruditas clasicistas, ni mucho menos neologismos vanguardistas y otros malabarismos verbales; es un poema hecho de versos toscos, métrica descuidada, rima obvia, en una palabra, sin escuelas. Apenas el título parecía tener alguna referencia evocadora de otro ámbito, copiado de no se sabe qué parte: “Sólo para tus ojos”.

La enamorada del Sapo, apenas paseó la mirada por el papel que contenía el poema escrito en una caligrafía rudimentaria, abrió tamaños ojos –nunca se vieron tan grandes ese par de bellos ojos–, quedó al instante maravillada, obnubilada, enceguecida de emoción por

aquella obra que hablaba de sus ojos, de algo suyo y sólo suyo.

También él quedó sorprendido. En verdad el Sapo enamorado no pensó que su poema pudiera alcanzar tanta acogida en el corazón de su querida, y se dijo a sí mismo: “He sido un mezquino, un haragán, un miserable. No he hecho ningún esfuerzo poético que valga la pena, ¿acaso sus ojos no merecían algo mejor?”.

Lleno de deudas con su amada y con su propia obra, se fue a saldarlas. A trabajar como debe trabajar (¡haragán!) un artista. Y se dedicó a estudiar y a ensayar formas más elaboradas, contenidos de mayor sustancia, sintaxis novedosas que consultó en densos manuales de *poéticas* y literaturas preceptivas, que le ayudaron sin duda a mejorar su creación.

Con ganas y la nueva habilidad aprendida ante la urgente necesidad estética, dotó su obra de metáforas sugerentes, encabalgamientos dinámicos, serventesios de endecasílabos perfectos y rimas en todas sus formas: cruzadas, abrazadas, asonantes, consonantes; en fin, ahora sí el poema enaltecía y mostraba con creces todo su sentimiento.

Su poema había crecido. Y tal como lo había visto en otros poetas, le añadió un epígrafe en otro idioma y de un autor entre conocido y desconocido para provocar en el lector una primera impresión. Vio también en este proceso estético la necesidad de cambiar el título, apenas identificó su procedencia, por uno que anunciara desde el principio las excelsitudes de su labor poética.

No perdió más tiempo y fue a mostrarle a la musa de su inspiración su obra perfecta, elaborada con tesón, orgullo,

emotividad y maestría. Ella, apenas paseó la mirada por el papel que contenía el poema escrito en una cuidada y elegante caligrafía, abrió tamaños ojos –nunca se vieron tan grandes ese par de bellos ojos– y, obnubilada, sorprendida hasta el fondo de sus sentimientos, sólo atinó a exclamar, temblorosa: “Qué... qué le has hecho a *mi* poema, aquél que hablaba sólo de mis ojos...”, al tiempo que de ellos caía un collar de desanimados lagrimones.

Topo, deseo y lagartija



Sale un Topo de su cueva y al salir viene acompañado de una ciega y profunda tristeza que, al levantar él los ojos, otear el cielo, hallarlo como siempre nebuloso y oscuro, lo obliga a repetir acongojado su viejo deseo:

–Ojalá yo viera...

–Sí, vecino, ya es tiempo –añade en tono fatigado y apenas para sí una Lagartija que respira sedienta mientras ve pasar un escaso rebaño de nubes que huyen a lo lejos–, todos lo necesitamos, ¡ojalá lloviera!

Y ambos, con el rostro en alto, con la misma ansiedad de sus palabras, esperan que ese día el milagro suceda.

Murciélago, claroscuros y mariposa



Éranse una vez un Murciélago y una Mariposa. Al filo del alba él se retiraba a dormir; ella, en cambio, apenas se levantaba a recorrer la vida. Ella al filo del crepúsculo se retiraba a dormir; él, en cambio, apenas se levantaba a recorrer la vida.

Fue en uno de esos breves instantes del mundo en los que no se sabe si es de día o de noche, noche o día, una especie de corriente turbia en el agua del tiempo, cuando el Murciélago y la Mariposa se vieron, o creyeron verse, pues en ambos, mientras iban a sus propios asuntos y ocupaciones, cada uno fue una súbita aparición en los ojos del otro, casi fantasmagórica.

Debieron ocurrir otros fugaces encuentros en los que quizá alcanzaron a rozarse las alas a contrapelo –a esa hora unas fatigadas, las otras frescas y vitales a ganarse apenas la sobrevivencia al vuelo–, para estar seguros de la presencia en sus vidas del otro.

Y como era de esperarse (bueno, es un decir porque en verdad ni ellos mismos ni nadie lo esperaban), se enamoraron.

Así sus vidas no tenían otro objetivo que estar encaminadas a esperar aquellos dos instantes, de inauguración y clausura de la luz, para verse; y el poco

tiempo que duraban sus encuentros lo aprovechaban para internarse en el bosque y planear en el aire...

Ella le hablaba de las flores, de los colores festivos, de ciertos aromas que embriagaban de dicha en la plenitud del día, de la multitud de seres y de tareas que incendian de cantos y de sonidos el mundo bajo el cielo iluminado, del sol que en lo más alto describe un arco cálido, de la alegría...

Él hablaba de la quietud en la copa de los árboles, de las densas profundidades de las nieblas nocturnas, de los fatigados olores hundidos en los pantanos, del azulado silencio cerrado en los sueños de los otros, de la quietud del mundo bajo la bóveda ennegrecida, tachonada a veces de Luciérnagas, de la soledad rota en ocasiones por algún pasajero furtivo entre las sombras, del frío arco errante de la luna, llenándose y vaciándose de fosforescencias, de la nostalgia...

Parecía como si sus vidas transcurrieran en lugares distintos, aunque en realidad hablaban del mismo sitio, sólo que en los antípodas del tiempo.

–Yo estoy en la estación de la oscuridad y del silencio.

–Yo en medio de la luz y los sonoros estallidos.

–No existe nadie más lejos del crepúsculo que tú.

–Y tú de la aurora eres el más distante.

–Pero, así y todo, te amo.

–Pero, así y todo, también te amo.

Los demás, situados de ambos lados de la orilla de la luz, se burlaban de este amor de encuentros fugaces, de este idilio de claroscuros afanes, de este romance gris...

—¡Como está este mundo, ¿no?! Una bella enamorándose de un monstruoso chupasangre, ¡qué horror!

—¡Como está este mundo, sí! Un tipo serio y profundo detrás de las livianas alas de alguien tan insignificante y vaporoso, ¡qué horror!

—Este mundo está más confuso cada vez; algo va a pasar uno de estos días.

Y pasó. Del amor entre la Mariposa y el Murciélago nació un hijo. Algunos dicen que no, que ni siquiera existe, que es mentira, que es apenas la prolongación de los comentarios y chismes que un romance así de paradójico y absurdo despertó, hasta el punto de verse convertido, como suele ocurrir, por su paso por las lenguas y el tiempo, en leyenda, pues ¿cómo es posible que haya un ser que viva apenas en dos lapsos pasajeros?

En todo caso, los que creen en la existencia de ese fruto de amor contradictorio, antipódico, aseguran haberlo visto, en esos breves instantes del mundo en los que no se sabe si es de día o de noche, noche o día, una especie de corriente turbia en el agua del tiempo, y dicen que es bellamente horrible u horriblemente bello, todo depende de a qué lado de la orilla de la luz se lo haya visto.

Pavo real o los colores de la televisión



Sucedió que el Pavo Real ganó un concurso literario, y de una programadora lo llamaron porque deseaban hablar de la obra premiada y hacerle unas tomas al autor para la televisión. Yo no sé si ustedes sabrán que hay un extraño parentesco entre el Pavo Real y el Camaleón: pueden estimular, provocar en nosotros el interés por unos u otros colores.

Lo cierto es que la tarde de la grabación en exteriores –para aprovechar mejor la luz–, el Pavo Real, excitado por esa preocupación cuasi-camaleonesca, no sabía qué color lucir. ¿Cuál de los tantos que podía resaltar registraría mejor en aquella cajita mágica en que lo vería todo el mundo?

¿Azul? No. Dirían que era conservador, ¡con esa manía que tienen todos de ideologizar o politizar cualquier color! ¿Verde? Ecologista, dirán, ¡y qué Oso! ¿Rojo a medias tintas? Tampoco. Les daría por resaltar sus preferencias liberales. ¿Rojo encendido entonces? ¡Menos! Lo peor que le podría ocurrir era que lo señalaran como comunista, y como estaba el país no quería arriesgarse...

Como siempre ocurre en historias como éstas, descartados individualmente los colores primarios,

ensayó con ellos ante el lente de la cámara uno a uno todas las posibles combinaciones y matices, de modo que por reflexión selectiva pudiera aprovechar la gama amplia con que se podía hacer notar mejor, porque una cosa sí tenía clara el Pavo Real: el prestigio de la televisión –ese otro Camaleón– daba testimonio de la importancia cada vez más creciente del color en la vida moderna.

“¡Qué vaina con este Pavo Real”, se dijeron entre sí los de la televisión, “¿no sabrá este señor que nosotros podemos manejar a las mil maravillas y con un solo botón esto del color de la vida?”

Cuando al fin pudieron hacer las tomas, era invariablemente de noche, y al cabo fue en blanco y negro que salió.

La rosa y el puerco



Esa mañana, después de su esplendorosa floración, la Rosa le dijo al Puerco, su vecino:

–Yo, yo huelo mejor que tú.

–Ajá.

–Y soy, soy más bella que tú.

–Aaajá.

–Y además...

–Sí, sí, de nada de eso cabe duda –contestó el Cochino mientras despreocupado se revolcaba impúdicamente de espaldas en el lodazal de su chiquero junto al jardín–, como tampoco hay duda de que, a más tardar al crepúsculo y deshojada, estarás en mi estómago.

El torpe topo discípulo



Aun Topo le dio por construir su cueva justo en un pequeño desfiladero al lado del río. La Nutria que lo vio le recomendó que la hiciera en otro sitio, que cuando llegara la creciente le inundaría su casa. El Topo no le hizo caso y continuó con su trabajo. Cave y cave hasta donde cabe, y acabó.

Al poco tiempo, efectivamente, llegaron las crecientes y el agua se tomó la cueva. El Topo, más que apesadumbrado por la desgracia, quedó maravillado por la predicción portentosa de la Nutria. “¡Es una clarividente, de eso no hay duda! ¡Acertó en dos cosas, primero con lo del río crecido y segundo con la cueva inundada! ¡Es fantástica! ¡Aquella Nutria es sabia, tiene poderes mágicos, tiene el don de predecir el futuro!”, ésta y otras alabanzas hizo el Topo de la Nutria.

Entusiasmado, el Topo fue presto a buscarla para unírsele como discípulo. Buscó, preguntó por la Nutria adivinadora mas nadie supo darle razón, en realidad ninguno sabía de la existencia de ella.

—¡Cómo es posible, en qué mundo es que viven! ¡Cómo es que no han oído hablar de semejante mente tan poderosa!

Luego de mucho andar pudo hallarla por sus propios medios. Vio que iba a cruzar un río pedregoso y vio también que un Tigrillo, agazapado, escondido detrás de una gran roca, la esperaba acechante. Por un momento tuvo el impulso de querer adelantarse al hecho, gritar solidario a quien iba a orientarlo en los secretos del futuro, pero pensó que no sería buen comienzo poner en duda la facultad previsoras del maestro, tal vez se molestaría por ello y no querría aceptar luego como discípulo a alguien de entrada incrédulo.

Así que se quedó a esperar lo que pasaría. Y sucedió que, cuando la Nutria pasó cerca del felino, éste se le abalanzó, la mató y cargó con ella entre sus dientes, alejándose campante del lugar.

El Topo quedó boquiabierto, con los ojos que se le salían del asombro, y triste emprendió el regreso al lugar de donde había salido. En el camino, sin embargo, sin más turbación, con más tiempo y calma, pensó en voz alta para sí mismo:

—Después de todo, a qué tipo de maestro iba yo a confiarle mi instrucción, oh, sí, ja, ja, ¡embaucadora!, porque cómo es posible que pueda predecir las desgracias de los otros y no las suyas propias... ¡De la que me salvé!

La tortuga añosa



Cercana a los ciento ochenta años, a doña Tortuga le entró una nostalgia de espanto por el pasado. Ella, que ha cruzado todas las edades con jovialidad y valentía, de súbito, dentro de su añoso caparazón, se ha tocado las carnes y... las ha sentido como carne de Gallina.

La lora metafórica



En cierta ocasión la Lora halló una metáfora verdaderamente hermosa. Cuando la pronunció por vez primera fue tal el impacto que no creyó que algo así existiera, portentosa en su majestuosidad no sólo conceptual sino también sonora.

“¿De veras existía?”, se preguntó, y para corroborar su extraordinario hallazgo escribió su metáfora, porque convencida estaba, además, de que lo que al papel llega se instaure de inmediato en la realidad y adquiere en adelante un carácter de perdurabilidad.

Entonces la leyó, primero mentalmente, luego en voz alta, y ahí estaba ella, bella, como la había imaginado. Al repararla con los ojos y al pronunciar cada una de sus sílabas y de las palabras que la conformaban, la metáfora iba construyéndose grácil, tumultuosa de imágenes, pródiga en asociaciones y musicalidades, tal que con sólo decirle el paladar se enjugaba de dulcerías, el pecho se daba en expandirse por un nuevo aire espiritual, en un alud las emociones se precipitaban vertiginosas del cuerpo al alma, del alma al cuerpo y otra vez del cuerpo al alma, hasta sentir en ésta la falta de sentidos con que disfrutarla más...

Por su carga semántica, su riqueza fonética y su excelencia lingüística era, sin duda, un perfecto paradigma idiomático.

Pero lo que se escribe y no se hace público corre el riesgo de perderse, y la Lora no quiso ese destino para su creación literaria, mucho menos con las condiciones y características excelsas que entrevió para su obra.

No perdió más el tiempo. Al primero que halló mostró su metáfora y éste la encontró buena; el segundo, muy interesante; el tercero, fenomenal; el cuarto, verdaderamente hermosa.

Todos sentían dentro de sí un tejido de sensaciones misterioso; sentían que después de oírla no eran ya los mismos, que una extraña transformación espiritual los había tocado, como si un secreto les hubiera sido dado a guardar. De la primera a la última palabra adivinaban un hechizo que los transportaba a una región de su vida particular donde se mezclaban la nostalgia y la dicha, el placer y el dolor. La metáfora, un espejo. La voz que en ella había era la voz de cada uno, lo que ella decía había sido visto, en la realidad o el sueño, por sus propios ojos. Para cada uno tenía un valor distinto, según las experiencias y la sensibilidad de cada quien, pero en lo que sí todos coincidían era en la particular belleza con que había sido concebida.

Y la Lora la repetía y repetía, de día y de noche, una y otra vez, a toda hora, orgullosa. “Oye tú, no te he dicho mi metáfora, ¿verdad?”. Sí, ya la había oído, todos ya la habían oído, en realidad no hicieron más que escucharle siempre la misma metáfora, que con el tiempo y la obstinada

persistencia de buscarle público dejó de ser celebrada hasta convertirse, degenerarse, en una frase hueca.

Como el agua de un cántaro es vaciada por una sed severa, así la metáfora de la Lora; la fuente de toda posible sugerencia se había agotado; allí donde las imágenes y las sensaciones antes brotaban en un haz de asociaciones semánticas y sonoras vírgenes y prolíficas, no quedaba más que el esqueleto de algo que pudo ser, el quebrado eco de una musicalidad lejana y perdida.

¿Y ahora quién se atreve a acercarse siquiera por la casa de la Lora? Aunque haya que caminar más y gastar más tiempo, todos prefieren hacer el esfuerzo de dar un largo rodeo con tal de no ser víctimas de nuevo de la insistencia de la Lora con su metáfora.

Agua de diluvio



Con el cuento de que se avecinaba el Gran Diluvio Universal, los animales fueron convencidos de abordar, de dos en dos, macho y hembra, una inmensa barca que el hilo apretado pero majestuoso de un río sólido en agua correntosa depositó en el más profundo y solitario mar que hubieran visto, por el cual prosiguieron con un rumbo prefijado de antemano por su capitán.

Pasaron los días, viajando, apretados como una semilla, entre dos franjas azules, y en el cielo no se vio señal alguna del tan anunciado como inminente torrencial. Por el contrario, el sol irradiaba los rayos de su moneda de oro con furor, diríase que con cólera, contra el agua que a pleno mediodía parecía un repelente espejo imposible de ver so pena de quedar ciego.

El calor dentro de las atiborradas jaulas era insoportable. La pegajosa masa de pelos y plumas que se bamboleaba con tedio en el interior de la barca comenzó a sentirse irritable. Y a la angustia del inminente castigo pluvial, del terror a las furias del fuego que se desatan junto a las del agua y el viento en un vértigo de elementos descontrolados, se sumó el malestar del hambre y la fatiga de la espera.

–¿Cuándo va a llover? –le preguntaron a alguien que se hacía llamar Noé.

–Ya pronto. No hay duda de que vendrán las aguas.

No sé, pero en este punto del relato yo sí quisiera decir algo, y es que en esta contestación intuyo un no sé qué indescifrable, un acento enigmático, sobre todo en eso de *las aguas*, que empezó a inquietar a los viajeros.

–¿Cuándo comenzará a llover? –insistían con más fuerza cada día, como corroborando el viejo dicho aquél según el cual “un martirio grande es más fácil de llevar que uno pequeño”. Y sí: el anunciado diluvio se les había convertido en una especie de dolor supremo que aliviaba los pequeños dolores de la fatiga, el hambre, el calor y el sueño. Un sufrimiento trascendente bien podía ahogar aquellos cotidianos, mezquinos y repartidos, puntuales, por todo el cuerpo.

–Pronto vendrán las aguas.

Ahora veo en estas palabras, más que una respuesta a una inquietud desesperada, una frase de anuncio o afirmación de una verdad mayor, secreta, ineludible, ineluctable.

Nunca llovió. Pero lo del diluvio sí resulto ser cierto. Al final del viaje, cuando habían cruzado por la zona más tórrida del planeta, un mar de llanto desatado por todos en coro inundó el alma y el futuro de los animales al enterarse de que la vieja fábula del Gran Diluvio Universal había servido para que ellos, crédulos, de dos en dos, macho y hembra, subieran, mansos, a una barca que llevaba animales a un oscuro personaje de allende el mar –millonario de la noche a la mañana, con bigote para más señas–, quien no

teniendo en qué gastar su dinero se había empeñado en tener su propio zoológico particular...

Yo sí decía que aquella manera de responder tenía un no sé qué de sospechosa intención.

Algunos de estos relatos son del libro “Contaba mi papá...”
y otros inéditos.
Humberto Jarrín B.

Los pájaros de Hal y Eufra



Nada en el aire anunciaba que ese día pasaría algo distinto de lo que había ocurrido durante tantos años en aquel pueblo desolado y desértico.

Pasó el papel viejo y sin rumbo de siempre. Pasó la misma rama seca y triste. Pasó la chamiza enredándose en sus púas. Pasó un sujeto... Hey, un momento, ese sujeto nunca había pasado antes.

Pero igual, nadie lo vio. Y nadie lo vio porque nadie ve lo que nadie quiere ver.

Llevaba el sujeto un sobretodo marrón, como es el lodo cuando se seca. Le quedaba grande. Con la mano izquierda metida en uno de los inmensos bolsillos avanzaba hacia el parque.

Una bufanda, hecha de tiras blancas y negras le rodeaba el cuello como una piel seca de culebra.

En un sombrero de ala ancha, de la misma tonalidad que el saco, guardada por completo la cabeza, y le daba un aire de extraño aventurero.

Completaba su vestimenta una maleta grande, algo verdosa, que parecía estar hecha no de cuero sino de musgo mustio. La llevaba en la otra mano, lo que hacía suponer, no sabríamos decir por qué, que el tipo era un vendedor de algo, o algo así.

¿Estaba el tipo perdido en ese pueblo perdido? Parecía, porque una vez que estuvo en el rectángulo desolado del parque miró para todos lados girando sobre sí mismo. ¿Qué buscaba?

Se sentó en una banca agrietada de la que sol hacía tiempo había secado la última gota de agua. Más que madera era una momia de madera.

El tipo puso su pesada maleta sobre sus piernas y empezó a hurgar en ella. Parecía un comerciante a punto de sacar sus mercancías para improvisar su puesto de venta de chucherías en el andén polvoriento.

De la musgosa maleta saca un objeto pequeño. Lo pone en la palma de la mano. Alguien repara en la bolita, una niña que habiéndolo visto se le acerca.

—Hola.

—Hola, niña, mucho gusto, me llamo Hal. ¿Tú cómo te llamas?

—Eufra Alondra-Niña.

—Lindo nombre.

—¿Qué es señor? ¿Una canica?

-¿Esto?

-Sí.

-Esto es el Universo -le dice, mientras le extiende el redondo objeto cerrado en sí mismo.

-Bah, como puede ser eso tan chiquito el Universo. Usted me cree tonta.

-No, señorita. Toma, siémbrale y verás. Allí puede ser -le señala una grieta detrás de la banca.

Eufra Alondra-Niña, bastante incrédula, toma la esfera, y ésta, como si tuviera vida propia, rueda de las manos de la niña y se hunde en la grieta.

-Se me perdió la bolita...

-No, la ganó la tierra. Ahora tienes que abonarla -le dice.

De la maleta Hal saca un objeto alargado y redondo, con unos agujeros alineados.

“Debe ser que dentro hay tierra de abono”, piensa Eufra Alondra-Niña, la echa sobre la ranura. Nada sale. “Debe ser que dentro hay agua”, piensa Eufra Alondra-Niña, y agita el tubo con hoyos para que el líquido salga.

-Ahí no hay nada -protesta, desilusionada, Eufra Alondra-Niña.

-No solo con tierra y agua se abona -le dice Hal.

Eufra Alondra-Niña entiende cuando comprende que lo que tiene en las manos es una flauta de caña. Eufra Alondra-Niña sopla y sopla y la música que sale por sí sola toma la forma del agua, la solidez del humus de la tierra, la dulzura del viento.

Lo primero que brotó de la ranura herida fue un tronco alto que parecía..., ¿cómo hemos de llamarlo? Digamos que una palma, con colores hermosos, vetas rojas, verdes y amarillas.

Cuando Eufra Alondra-Niña reparó, notó que no era el tronco de una palma, le pareció más bien la larga pata de un flamingo.

–Es hermoso –dijo Eufra Alondra-Niña.

–Y si miras hacia arriba...

Lo que la niña vio la sorprendió aún más. Lo que debían ser las ramas de la palma, eran plumas, plumas y más plumas.

De pronto, de cada una de las plumas surgieron loros y cacatúas y guacamayas y otras aves de coloridas especies.

–¡Pero no entiendo! –dijo Eufra Alondra-Niña.

–Qué no entiendes.

–Se necesitan árboles para que haya pájaros.

–Esa es una forma, sí. Pero a veces las cosas son al revés.

–¿Cómo al revés?, digo, ¡al revés!

–Aquí en este pueblo primero serán pájaros, después, detrás de ellos, vendrán los árboles, buscándolos.

La niña sonrió. Y reparó en el rostro de Hal. Era...

–Ajá –dijo Hal– y se quitó el sombrero, y al hacerlo su copete se pintó de los encendidos colores de su especie –Soy Hal Halcón–. También el traje tomó el color rojizo

del humus nutritivo y lo tiró al piso, como el que tiene un mantel para un picnic.

–Sí tu... Entonces yo...

–Exacto, tú al tocar la música has sido el primer pájaro, detrás del cual han llegado los otros. Por eso te llamas Eufra Alondra-Niña, la buena Alondra que canta.

El saco deshizo sus tejidos y el hilo nutritivo como raíces se tejieron en la tierra y poco a poco a ese pueblo desierto y desolado llagaron los árboles, cada uno buscando los pájaros que le correspondían.

De la coraza de la maleta una calva se asomó y aparecieron también cuatro gruesas y cortas patas que la llevaron, a paso lento, a buscar por fin la sombra bajo las ramas.

–Ya era hora –refunfuñó, pero en realidad quería decir “Gracias”, Tor Tortuga.

El sombrero de pronto también tomó movimiento, y por sus propias alas anchas lo llevaron hasta una horqueta en la que se empotró, y en aquel nido, de inmediato, un trío de polluelos bullosos se alojaron.

Y la bufanda, desenroscándose del cuello de Halcón, tomó cuerpo, vibró en curvas plenas, sacó la lengua, y como un silbido agudo y largo se subió a las ramas de uno de los frondosos árboles, y entre ellas Sir Serpiente se perdió.

La hermana Sol y el hermano Luna



En el principio de todos los principios, de todos los tiempos y de todas las cosas, y sobre todo, de todos los seres de animal condición aparecidos en el mundo, ocurría que éstos deambulaban de aquí para allá, por todos lados, sueltos por ahí, sin reglas, sin juicio y sin descanso.

Y era tanta la gritadera, la saltadera, la voladera, la zambullidera, la correteadera, la reptadera, la aullidera, la arrastradera, la escaladera, la sobadera, la gruñidera, la picadera, la troteadera, la enterradera, la nadadera... que el planeta era un verdadero caos. Una entropía animalesca de sonidos que salían de cualquier parte, de movimientos y de cuerpos siempre agitados que mareaban a cualquiera.

En medio de tanto alboroto, uno de ellos, a pesar del esfuerzo, no pudo concentrarse más en sus quehaceres, así que alzó la voz con ánimo férvido, exigiendo ser escuchado.

—¡¡Oigan, oigan!!

Algunos se volteraron a verlo y cuando los otros vieron que los primeros voltearon a verlo, ellos también voltearon, y cuando los terceros vieron que los segundos voltearon porque los primeros voltearon a verlo, entonces ellos también voltearon a verlo...

El caso es que había logrado la atención de un buen grupo, que seguía ruidoso, sí, pero al menos ponía atención, por eso en voz más calmada y en tono más sereno, añadió:

–¡Atención, atención! Señores, un poco de silencio, por favor.

Estuvo de buenas, porque desde donde él estaba el silencio se fue extendiendo como una sombrilla que se abre.

–Está visto –continuó el animal– que no podemos seguir así.

–¿Qué es *así*? –pidió explicación uno, malencarado, quizá por la interrupción colectiva y febril de la que hacía parte.

–Todos nosotros parados sobre la tierra, al mismo tiempo, en plena actividad, somos una calamidad.

–Habló don Calamidad, pues –dijo uno más en tono burlón.

–Es necesario que nos turnemos.

–¿Ah, sí? ¿Y cómo es eso de turnarnos? –preguntó otro entre la multitud.

–Turnarnos. Turnarnos así: unos serán diurnos y otros serán nocturnos.

–¿Y cómo haremos, pregunto yo, si no existe sino un solo tiempo ininterrumpido? –opinó otro que logró intuir lo que su compañero quería decir.

–Ahí está el detalle. Hay que dividirlo.

–¿Y cómo?

–Sí, cómo... cómo... cómo... –dijo un coro que se habría como un cono, más por la curiosidad que por el interés real.

–Inventando el día y la noche –contestó el proponente con precisión científica.

–Habló don Inventor, pues –volvió a hablar el burlón.

Sin inmutarse y con precisión astronómica el animal, aprovechando que era escuchado, siguió.

–Pondremos en lo alto del cielo dos astros. Uno para regir la luz, el otro para regir las sombras. De este modo sabremos cuándo debemos retirarnos unos y cuándo podemos salir los otros.

–Y como qué astros, ¿ah? –preguntó otro.

–Dos astros que también pueden turnarse: el Sol y la Luna.

Un murmullo de comentarios inquietos se extendió como otra sombrilla. El que ahora podía ya considerarse el líder del proyecto alternativo, continuó:

–Ahora viene la parte más difícil. Necesitamos un par de voluntarios.

Otra sombrilla de silencio se abrió hasta los lugares más apartados del planeta. Y es que todos, dada la argumentación soportada en razones de peso, al parecer, había llegado al acuerdo en que debía ser regulado el tránsito de los animales por el mundo, pero no era menos cierto que nadie quería comprometerse como protagonista en un asunto que de antemano entreveían como desconocido y hasta peligroso.

En verdad la altura marea a cualquiera, ¿no es así?

Pero lógico que hubo voluntarios, si no, no habría hoy ni Sol ni Luna. Ahí están los astros para comprobarlo, y para demostrar, de paso, que lo que estamos contado en cierto.

Desde un lugar tropical una Tortuga levantó la voz lo más que pudo para decir:

–Yo... Yo me presto para ser uno de los astros.

El murmullo abrió su sombrilla y se extendió de comentario en comentario. Algunos tuvieron ganas de reírse; una Tortuga no era precisamente alguien en quien pensarán los demás para vivir en lo alto como un astro, pero ante la valentía y lo desinteresado del ofrecimiento hecho de sí por la Tortuga, y ante la falta de algún otro proponente, ¿quién se iba a oponer?

–Listo, va uno. Falta otro, entonces. ¿Quién más?

Sombrilla...

Pasaron unos momentos de sobrecogedor silencio en los que todos esperaban algo, mas nadie quería romperlo... Y entonces...

–¡Yo! Yo seré el otro –dijo alguien que pegaba saltos en uno de los costados del planeta.

–Quién... quién... quién... –se oyó de nuevo el coro que se habría como un cono, ahora con interés real y también por curiosidad.

Entonces lo vieron, y aquellos que no lo vieron lo supieron por la descripción que de él les hicieron los demás. Se trataba de un pequeño Canguro veloz, travieso y aventurero, según también se murmuró.

Con vivas y aplausos encendidos celebraron el ofrecimiento de ambos voluntarios. Pasado el bullerengue, este sí aceptado por el que se había quejado, éste dijo.

–Bien. Ahora hay que ponerlos en el cielo.

Aquí no sobraron nuevos interrogantes, sobre el cómo, quién y demás, y un poco con las ideas de todos, el director del proyecto llegó a armar un plan.

Decidieron que el primer viajero sería la Tortuga; ésta subió al monte más alto y desde allí se despidió de todos sus amigos y compañeros, quienes en las faldas y rodeando multitudinariamente la montaña, le animaban y deseaban buena suerte y un buen viaje.

Aquel que había ingeniado, diseñado y coordinado los preparativos del lanzamiento, dijo entonces para todos:

–¿Listos? A la cuenta de tres desde acá abajo soplamos todos, todos, duro hacia arriba. Tomen aire... A la una... a las dos... y a las... ¡tres!

Todos soplaron con todas sus fuerzas. Y esa circular sumatoria de alientos que se concentraron en la Tortuga fue tan poderosa en su vigor y ardorosidad, que la Tortuga se inflamó de inmediato al tiempo que salía expulsada bien lejos del planeta.

Entre hurras y vivas los animales contemplaron el primer astro brillar poderosamente prendido en lo alto. La intensidad de su luz los encegueció por un momento.

Cuando fue la hora de lanzar al Canguro, hecho no previsto, tan exhaustos habían quedado todos que apenas tuvieron fuerzas para provocar un impulso que lo dejó (hay que considerar también que un Canguro pesa más que

una Tortuga) en las afueritas del planeta y sin que llegara siquiera a calentarse en su ascenso. Pero la misión estaba cumplida.

De ahí que el Sol arda encendido bien lejos y su movimiento sea tan lento que parece no moverse, y que la Luna no tenga luz propia y se mueva tanto y tan rápido en las noches por el cielo.

Y como el Canguro, llamado ahora hermano Luna, no ha dejado de ser un bromista juguetero, hay veces que, interponiéndose entre la Tortuga, es decir, la hermana Sol, la eclipsa, provocando una súbita y pequeña noche en la Tierra en pleno día para despistar a los animales que, desconcertados, unos, comienzan a buscar sus camas, y otros, despertados por la alarma de la luz ausente. Sin embargo, cuando se dan cuenta de que todo no es sino un simulacro, un juego, le gritan que coja juicio, que deje su mamaderadegallo, y el hermano Luna les devuelve la luz de a poquitos entre destellos de risa.

El zapato tragamedias



Yo sé que ustedes sí van a creerme, y por eso me animo a contarles esta historia. ¿Listos? Muy bien.

Comienza con un zapato, el derecho para ser exactos, por favor no confundirlo con su hermano gemelo, que aunque parecido no era igual, no, porque el zapato del quiero hablarles tenía la golosa costumbre de tragarse las medias.

Así como lo oyen.

No había media que no terminara recogida, como un acordeón viejo, en su ampuloso estómago. Blancas, negras, amarillas, violetas, azules, verdes, rojas, anaranjadas, lilas, moradas, cafés, de rayas, con pepitas, de rombos, con círculos, con manchas, lisas, con surcos, delgadas, gruesas, claras, oscuras, nuevas, viejas, limpias, sucias, con huequitos, de lana, lino, algodón, poliéster, seda... ¡Todas!

Así las cosas, los pares quedaban incompletos. Y las que sobrevivían separadas de sus compañeras engullidas, terminaban olvidadas en un cajón sin que se pudieran volver a usar, igual que lanudas pelotas fuera de moda. Porque unas medias sin sus compañeras no son medias, lo que se dice medias, sino medias a medias.

¡Vaya si el zapato bandido hacía de las suyas!

Pero cierta vez llegó una media, medio rebelde y revolucionaria ella, que conociendo la triste historia de sus antecesoras no estaba dispuesta a dejarse tragar así como así, ni siquiera un milímetro, de este sujeto medio atrevido, ¡no faltaba más! Siempre hay alguien que a las costumbres, aunque estén instituidas y casi que aceptadas, se les opone. Como dicen que dice el dicho, al dichoso zapato le llegó la horma de su zapato.

He ahí, pues, a nuestra heroína puesta en el pie, forrándolo suavemente, protegiéndolo de todo áspero roce. Un muelle de suavidad para ir avanzando en los largos y a veces azarosos trayectos del mundo. Enseguida, el zapato, calzado y entrelazados sus cordones.

Pues bien, apenas puesto, el pillo zapato, tan orondo y autosuficiente, se pone en las suyas. Con ligeros movimientos que parecen caricias, el muy taimado empieza a engullírsela, poco a poco, como si tuviera todo el tiempo del mundo, tramo a tramo, como una paciente culebra que jala despacio la presa a su interior.

A la media no la cogió de sorpresa, por eso apenas sintió el primer tirón, se aferró a lo largo de la canilla para no ser tragada como era costumbre del zapato glotón. Pero si la media se resistía, no era menos cierto que el zapato era terco, y porfiado como el que más en su empeño gastronómico, intentó otros jalones; reaccionó la media entonces, estirándose casi hasta rozar la rodilla.

—Esta vez no tragarás nada; no podrás jalar, ja. Estoy más larga —le gritó la media, dando voces de victoria, ya medio envalentonada.

Pero se equivocaba.

El zapato, lenta pero inevitablemente la fue devorando, metiéndola imperceptiblemente en su interior. Era un viejo truco del que siempre sacaba provecho. Consistía en hacerle creer a su víctima de turno que había perdido el apetito, el interés por ella, sin embargo, de manera sutil, mañosa, casi sin afán, con la paciencia de un maestro en arrastrar prendas, la iba introduciendo.

Para cuando la media se diera cuenta no habría solución. Se perdería para siempre dentro de un oscuro estómago zapatado, como la luz de una estrella cuando la atrapa un Hoyo Negro.

Al menos así había ocurrido con todas las medias anteriores, con la actual, la historia parecía distinta, porque si nuestra heroína de antemano sabía de las intenciones del cuerudo comilón, era lógico pensar que había reflexionado en algunas estrategias de salvación.

–Ya sé, debo estirarme aún más –se dijo, viendo en esta maniobra la seguridad definitiva a sus deslizamientos.

Y se alargó hasta el muslo.

–¡Ahora sí, atrévete zapato tragón! –gritó desafiante.

Y el zapato se atrevió. Como si el asunto apenas comenzara, como si la pelea apenas fuera pactada, empezó jale que jale, arrastre que arrastre, tire que tire, con la tranquilidad y el empeño de aquel que sabe que su triunfo depende sólo de la perseverancia y del tiempo..., tic, tac, tic, tac..., ras... ras... ras... ¡hum!... ¡hum!..., parecía relamerse con cada milímetro que ganaba.

Viendo que el fin era inevitable, la media se agarró aún más a la pierna con toda su fuerza prensil. Inútil. Apenas retardaba un poco más ser engullida. Y aunque despacio,

iba para abajo, como un muchacho en tobogán en cámara lenta.

La desesperación hizo que a la altura de la rodilla llamara a gritos a su hermana de enfrente, buscando ayuda. Mas su gemela compañera haciéndose la sorda ni se inmutó; al fin y al cabo, como el problema no era con ella, siguió igual con su acomodada rutina. Apenas de reojo y de cuando en cuando, miraba con indiferencia los reiterados intentos de su hermana por subir, aferrarse y subir para no ser devorada del totazo.

En el preciso instante en que la media iba a desaparecer por siempre a través de aquella boca desaforada –como lo había sido alguna vez Jonás por la ballena–, fue salvada. Salvada sin querer por aquel chico que desamarrándose los cordones se descalzó de sus botines y quitándose las medias se echó a dormir luego de una larga jornada de juegos, brincos y de caminos andados.

El botín hambriento vio cómo su presa en plena tragadera le era arrebatada. Se puso furioso y relamiéndose malvadamente con su ancha lengua una calceta imaginaria, alcanzó a gritarle a la media:

–¡De la próxima no te salvarás! ¡De eso puedes estar segura!

Al día siguiente la media, junto con su hermana, fue lavada, secada y guardada en un cajón perfumado con el resto de las prendas limpias, donde pasan lo que para ellas es la noche. Y esa noche abullonada nuestra valiente amiga soñó.

Soñó que un bello, alado y ligero pie la llevaba a andar por la Vía Láctea, saltando de estrella en estrella, como

jugando rayuela, y con cada brinco una chispa plateada de luz le quedaba prendida en el tejido de punto de sus hilos. Se vio a sí misma resplandeciente y en plena libertad, en plena expansión, era ella una luz que crecía y crecía y crecía, como la primera luz del Big Bang... Creció tanto que alcanzó a darle la mano a su hermana melliza que estaba en una galaxia lejana, y ambas, convertidas ahora en un solo destello, recorrían seguras el Universo, de lucero en lucero, jugando a saltos alocados, bailando fiestas, corriendo, riendo, dando rienda a las súbitas carcajadas que iban cayendo, deshiladas, como un arcoíris de risa...

Lástima. No hay ilusión que se alargue por siempre ni calma indefinida. Todo lo que se inicia –y más aún si es bello y grato–, llega un momento en que llega a su fin. Así es la vida, está hecha de alternancias: sueño y realidad, reposo y trabajo, que ahora sí, que ahora no... Ustedes lo saben, es como cuando están jugando y en lo mejor del asunto, cuando la aventura empieza a deshojar sus maravillas más ocultas, alguien los llama a bañarse, o a comer, o a ir a la escuela, o a acostarse.

Lo digo porque llegó el día en que la media fue tomada del cajón y calzada de nuevo. Todavía en su tejida memoria se oía la sentencia amenazadora que le hiciera el desafortunado botín, ¿se acuerdan?, mientras malévolamente movía la lengua húmeda de ansiedad diciendo: “¡De la próxima no te salvarás! ¡De eso puedes estar segura!”.

Y la próxima era ya. De modo que la amenaza zapatuda se actualizaba en el ánimo de la media con un renovado pavor, dejándola media tristonga.

Prevenida como la primera vez, a la espera de cualquier señal que le indicara que empezaba a ser recogida, la

media aguzó sus lanudos sentidos. Pero, ¡oh sorpresa! O mejor: ¿Qué pasa? No puede ser, aquí está pasando algo extraño, de dijo la media, porque hacía ya su buen rato que había sido puesta entre el pie y el zapato y ni asomo de que alguien quisiera comérsela. ¡Ni un milímetro!

¿Qué pretendía este bribón?

¿Sería que el goloso se hallaba enfermo?

¿Acaso (¡no me hagan reír!), el zampamedias estaba a dieta?

¿O sería que por fin el desalmado había dejado tan horrendo vicio? ¡Cosas se han visto!

Todas estas preguntas y muchas se hacía la media tratando de comprender el misterio. Pero la verdad, ninguna de ellas ayudaba a resolverlo. Analizando bien la situación, y sobre todo, mirando con detalle a su alrededor, la media se dio cuenta de que simplemente no había sido calzada en el zapato hambriento.

Fue entonces cuando cerca de ella comenzó a oír un cierto alboroto. Imaginándose lo peor miró al lado contrario y vio cómo su hermana gemela luchaba desesperadamente por no ser tragada, al tiempo que desesperada repetía y repetía: “¡Auxilio, auxilio!, ¡que alguien me ayude, auxilio!”.

Un frío de muerte, como de un hilo ido, sintió la media al ver a su hermana en apuros, mucho más ella que sabía y había experimentado en tela propia la angustia de ser tragada. Allí estaba su hermana, siendo engullida como por arenas movedizas, sólo que éstas devoraban silenciosas, y el lenguaraz zapato, seguro ya de su bocado, se desmedía en chacotas y pitorreos.

—¡Sube, sube lo que más puedas! —le gritó como ayuda.

La media que ahora estaba en apuros y que se había negado a socorrer a su compañera en el momento de su suplicio, siguió los consejos de su hermana: subió y se aferró a la sólida esfera de la rodilla, resistiendo. Pero cuando la fuerza prensil se debilitaba, irremediablemente se recogía en dirección de la boca del cuerudo rastrero.

—¡Socorro, me baja, me baja!

—No si te resistes, ¡no cedas! ¡Aférrate fuerte!

De alguna manera tenía que ayudar a su hermana pues iba ya por la canilla rumbo al estómago sin retorno donde se perdían todas las medias. Ayudar, sí, pero ¿cómo? Pensando nerviosa se estiraba y se encogía la media como un resorte excitado, tratando de hallar una solución inmediata. ¿Sería posible que ese tragón de todas las suelas del infierno se saliera con la suya?

Y de pronto, como una chispa salvadora recordó el sueño aquel de la Vía Láctea, sí, el sueño aquel en que crecía y crecía y cogida de la mano de su hermana ambas saltaban felices, seguras... Pero... eso era sólo eso: un sueño. Aquí era la realidad, la cruel, dura y concreta realidad. ¿Y cómo iba a darle la mano a su hermana si para una media la distancia entre una pierna y otra pierna es igual a la que hay entre una estrella y otra estrella?

¡Un momento! Los sueños no son simples sueños. Hay algo en ellos que es preciso descifrar. Si bien era cierto que una media no podía estirarse mucho a lo ancho, sí, en cambio, era capaz de... ¡estirarse a lo largo!

Con esta nueva certeza motivadora en la mente miró pierna arriba. Todo dependía de un esfuerzo, de un poderoso, valiente y elástico esfuerzo. Decidida, y

trasladándole en un grito esta decisión esperanzadora a su hermana, le animó diciéndole:

—¡Sube, sube bien alto, tú puedes, hasta arriba, bien arriba, allí te espero y nos agarramos! ¡Tendrá que tragarnos a las dos!

Aprovechándose de la máxima elasticidad que tenían y contando con ese algo que todos tenemos cuando de salvar la vida se trata, ambas medias subieron por las rodillas, ascendieron por los muslos, redondearon las caderas y en la cintura se juntaron en un abrazo solidario, fuerte, fraternal, para no dejarse jalar nunca más por ningún zapato tragaldabas.

Y este es, ni más ni menos, que el origen de la mediapantalón.

Humberto Jarrín B.

Nació en Cali. Es una de las voces más representativas de la literatura regional, con cerca de 25 libros publicados en todos los géneros: cuento, poesía, teatro, ensayo, literatura infantil y novela. Ha sido ganador de múltiples concursos literarios nacionales e internacionales. Estudió Física e Ingeniería Eléctrica, Tecnología Electrónica, Graduado en Filosofía y Letras. Magíster en Literaturas Latinoamericana y Colombiana de la Universidad del Valle. Actualmente se desempeña como profesor e investigador del Departamento de Lenguaje de la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Autónoma de Occidente de Cali.

CANCIONES Y RONDAS

María Cristina Ruiz Echeverri

Canciones y rondas



III

Luna
no vengas a pararte en mi ventana.
No me asustes luna
redonda del agua.
No me asustes,
del sueño nevada.
Duérmete serena
sobre mi almohada.

IV

Tú: esmeralda saeta
cruzando el aire.

Tú: plumas brillantes,
surcos verdes.

Recuerdo de papayas
y mangos alegres.

¿Qué noticia entretejen
tus alas tenues?
Colibrí de los bosques.
Pluma del baile.

¿Qué caminos anuncian
tus vuelos leves?

V

Préstame tu caracola
para oír el cielo que llora.
La lluvia que cae y canta
dolores de nube.

Préstame tu camisa
para abrazar esa tristeza
perdida entre paredes y bosques.

Que tu camisa sea el abrazo
y tu brazo la cobija.
Envolvamos esa tristeza dulce
y perdida en nuestros brazos.
Para que se caliente.
Para que se recoja.
Para que cante
mientras se moja.

Llévate la tristeza en la caracola.

Ahora, arrulla en el agua
del agua sola.

VI

Ya los árboles trazaron
sus geometrías agrestes
y los verdes caminos
hacia el cielo.

Cuando llueve en la tarde,
El aguacero
camina lento.
En zigzag o recto,
en curvas y con espinas
allá en el huerto.
Caminos de naranjo,
de mango, totumo,
o limonero.

Caminos que sabe el agua
Del aguacero.

VII

Hace canciones alegres
un amarillo canario.
Baila un poco confundido
el sobrio pato huyuyo.

Todo el lago es vida,
cuando la lombriz
se asoma a la ventana.

VIII

No tengo palabras
para asustarte,
pero tengo una rana azul
grande, muy grande,
en mi bolsillo.

Es una rana azul,
de tinta y con colmillos.
Sí mi rana no te asusta,
seremos amigos.

IX

Anoche me olvidé del mundo.
Dormí y soñé
que comíamos naranjas
mirando el mar.

Los buques eran dinosaurios
con penachos de humo
y galeras de acero.

Los navíos llegaban extraviados
desde otros planetas,
los extraterrestres,
de piel azul y con negros gabanes
abrazaban las palmeras de la playa.

Desperté.
Me di cuenta de la pesadilla:
Que tú no me abrazas,
que no me escribes papelitos,

ni llevas dulces para los dos
en tus bolsillos.

Así me sentí
Peor que las palmeras de mi sueño
allá en la playa.

X

La mayor venganza del mundo
sería dormirme y no despertar.
Quedarme allí en los sueños
inventándolo todo,
como en una película sin final.

Dejarte a ti, aquí.
Para que me busques acá
en el lado de la vigilia.

Anoche traté, pero no pude.
Un olor a manzanas verdes
me sacó de la cama.
Fui a orinar y llovía.
Ya no tenía rabia.

La cama me pareció dulce.
El edredón, suave y tibio,
me dio el abrazo de gato
que tú no me diste.
No me quedé del otro
lado para siempre.
Salió el sol y se fueron
los vampiros.

XI

Brazo va
Brazo viene
Pierna sube
Pierna nube.

Mi cara asomada
a tu follaje
firmamento de encajes
balcón de aves.

Escalo tu verde edificio
de hojas como lanzas
verde-lago
verde-lagarto

Pájara danza
que hace ramas
en escalas.
Contrapunto sonoro
de alas y picos.
Árbol y arbolas
Árbol y a solas.

XII

Das aire a pedalazos
con tus palabras.

Cascada de caballos
desbocados

Tsunami de vocablos
en tropel.

Las palabras caen de tu boca
sin un ángel que les guarde.

Se queman en el aire,
solas.

Sin luciérnagas,
solas.

Sin gracia
se hacen noche sin estrellas
y duermen agotadas.

Carbón de hoguera.

XIII

Sus cuerpos evocan
memorias primitivas
de animales nunca conocidos.

Todo nos recuerdan
en su blanda estructura
de fósiles vivientes.

Seis patitas de estambre
con silenciosos pizzicatos
urgen en su rítmico
recorrer sobre el marco
de madera amarilla.

Todo lo invaden
en su ir y venir
bestezuelas recurrentes.

En regueros de corcheas

se arrojan a mi espalda
con un ligero desespero
que no alcanza intolerancia.

Todo lo marcan
con su vibrante silencio.
Hemipteros pestilentes.

Sus antenas ajedrezadas
extienden las comarcas
de su conocer,
aún sin estudiar
en el diccionario humano.

Todo lo hacen
suyo y de nadie.
En códigos de olor.

Arden en las mucosas
con el anuncio de su grajo.
Mientras despiertan el sutil fastidio
de lo desconocido,
el contacto con lo bárbaro.

XIV

No desperdician su muerte.
Se hacen máquinas inútiles
para invitarnos a soñar
en sus esqueletos
y en sus atavíos que un día navegaron
como escudos contra las aguas.

Mojadas y despernancadas,
murciélagas de alas rotas.
Perdieron sus radares
por jugar en los vientos de la tormenta.
Cada una yace sola en el andén.

Amasijo de escuálidos alambres
desechados en un proyecto de escultura,
Agraciado móvil de patas flexibles
Lumbre de caos predecible.
Cada una espera tu deseo.

Carpa naranja abandonada en la acera,
por un circo de Lilliput en su fuga.
Su forma rescata el campamento
de saltimbanquis y payasos.
Cada una desvela tu sueño.

Aletean y duermen.
Mueren para buscar un nuevo nombre.
Llevan nuevos acertijos
para que nazcan como lanzas
contra el cielo,
las criaturas
vencidas por aguaceros
de mayo.

XV

No decir de calores
que enfrían la piel.
La noche se hace
un sueño sin edad.

No decir de animales
que anidan vida y ocasos.
Bajo el sol, sin nubes
la carne se enciende.

No decir de humedales
sin ardillas, ni lagartos.
La ciudad va sembrando la muerte
poco a poco,
al extender sus pasos
sobre las ciénagas
y los secretos lagos donde los patos
y las garzas
se ocultan de los gatos de jardín

y los perritos de salón de belleza.
Las nubes del sur se llenan
de asfalto,
las del norte recuerdan
el cemento.

El occidente mezcla sus aguas
y el oriente busca sus pulmones.

Se tiende el prado
bajo las ceibas
que reclaman el suelo
y hablan con el viento
para hacer del espacio
oscuro celeste
la estrella que nos mira.

Aun cuando la vida
nos a peste.

XVI

Al abrigo de raíces tabulares
ellas bailaron anoche.

Las faldas naranjas
con orlas de brillante ocre
abandonaron en su carrera,
por volver a las canoas
del tulipán africano,
y arrojarse al viento
en sámaras de crespones blancos.

El mínimo bosque de guaduas
al pie del exhausto río
les guarda en sus verdes
fraguas.

Es tu aliento el que esperan
para seguir viviendo.
En cada baile nocturno

alientan las semillas
del juego.

Esperan por ti para alumbrar
con sus historias, el verbo y la existencia,
antes de tu partida.

XVII

Imposible llegar
al país del dragón dormido
la tarde cruzó los caminos
el barco ha desaparecido.

Solo carruajes celestes
habitan estos caminos.
No vuelve el dragón,
no viene.

¿Nos hará falta su ruido?

XVIII

Fueron
la rosa de pan y
el círculo de miel
olvidados en el desayuno
dibujo en el mantel.

Bordado de puntitos negros
por las mínimas hormigas.
No hicieron ruido,
solo danzaron
y en un camino de puntitos
dejaron su carta de agradecimiento
a los de la casa.

XIX

Madre, tu corazón suena
como una campana.
Abrázame, madre,
ahora que llega la noche.

Apaga las sombras
en tu abrazo.

El viento en las ramas sacude
las chicharras,
historias y misterios.
Trae cuentos de otras partes.
Manglares y selvas
ceibas, trupillos y dividivis,
arenas de rojizos colores.

Abre, madre, las espesas
sombras con tus ojos.

Largas anacondas para envolver el sueño,
ranas diminutas para arrullar la noche.
Tamborcitos de sapos y grillos
que cantan como ángeles.

Enciende, madre, estrellas
con tu voz.

Cuéntame algo que traiga
sonidos lejanos,
flautas de panela,
olor de achiras con chocolate
para ir a los sueños.

Acuna, madre, los monstruos
en tu regazo.

Caen ya mis ojos en el sueño
y como en un columpio
vuelo en tu abrazo.

XX

Gasas y achiote en las nubes.
Mango, canela y fandango.
Un papalote que sube
tras la cometa de Pablo.

Hacen caminos al viento
Brincan, saltan, bajan, suben.
Tocan con gracia las nubes
las lleva el aire contento.

Cometas van como peces,
sus papeles, mece el aire.
Tiemblan sus ligeras varas
al empuje de la tarde.

El cielo se envuelve en nubes
con colores del tomate.
Por la calle va bajando
la carreta de la tarde.

Por los aires ya no vuelan,
ya descansan en el parque.
La noche llega serena
al exilio de la tarde.

XXI

Coqueta festiva zumba
allá en el suave naranjo.
Asomada en el balcón
la ve la niña del barrio.

Pandebonos y buñuelos,
arepas y cuaresmeros.

Ventanas de la colina
abiertas a viento dulce
llevan canciones de harina
en los hornos de la cumbre.

Pandebonos y buñuelos,
arepas y cuaresmeros.

Para la madre y la niña
en la colina del viento.

XXII

En el humedal
la tarde se hace roja.
Malezas y ramas se
sacuden al paso de un chigüiro.

El agua suena en
pequeñas cascadas
que ondean en el charco
al mover de la manada.

- Jómocobi

- Jamocoi

Resoplan los chigüiros en el agua.

Se deslizan como naves

del prado al pozo
del pozo al matorral de la sabana
y de vuelta al espejo de agua,
al caño sorprendido del estero.

Bajo el almendro de hojas
coloradas
los cerditos de agua:
carpinchos, capibaras,
copiwaras o chigüires
mojan sus tiosos bigotes
en lentas ceremonias
de adoración al agua.

XXIII

Brillan sus nombres en los llanos, la Orinoquia

la Amazonia:

Guiroa

Uba

Hiwiri

Kiatos

Kweso

Yulo

Quesu

Riyerese

Pata seca

Bocaeburro

Oso que sirve en el agua

Cerdo de agua

Carpincho

Capibara

Copiwara

Chigüire

Chigüiro.

XXIV

Se aburrió la flor en el vaso
su cabellera de pétalos amarillos
fue cayendo.

Uno a uno le abandonaron
hasta quedar calva.
Luego las hojas cedieron su peso.

Ya no vio el sol
y se volvió ramita seca.

Entró por la ventana una tangara azul
y se llevó la rama
para hacer su nido.

Entretejida de índigos y verdes,
acunada de sol y con polluelos
la ramita seca vio la vida
desde lo alto del papayero.

XXV

Nos enamoramos de esa piedra.
Madre gigante
en las riberas de Pance.

Pulida superficie
en la que nos explayamos
brazos abiertos y boca abajo
hasta dejarlo todo
en sus íntimas entrañas.
Su abrazo nos devolvió
la suave fuerza de la tierra.
El cansancio se fue
con los grillos vespertinos.

Reímos al abandonarla
nos fuimos a comer hojaldra.
No la volvimos a ver
No sabemos cuántas riadas
han pasado para ella.

Así de impunes son ciertos amores.

XXVI

Cuando se acabó el café
y ruñimos la última pepa
de chontaduro,
tu cara de gato extraviado
se fue con las palomas
del parque.

Perdí el año contigo.
Se fregó la bicicleta.

Mi pasión animalista
no alcanza hasta
patrocinar
el cagajón de las palomas.

XXVII

El mejor partido
fue el que jugamos
cerca de las Panamericanas.

Las falditas crespas
de seda amarilla,
arrojadas al vacío
por el viento y el guayacán,
lo provocaron todo.

Persecución urgente
en el aire impredecible.
Detener a tiempo su caída
era el juego final.

Los cuatro corrimos
de lado a lado.
Ganar era apremiante.
Solo hicimos unos quince tantos.

La calle mostró
el triunfo del árbol
en un tapete colorido
de abandonadas
manchas amarillas.

XXVIII

La luna que te persigue desde tu infancia
El paso de baile que no podés hacer
El chocolate derramado en el mantel
El sabor del pedazo de papaya que se dañó
La piñata imposible de romper
El cajón que no terminás de ordenar
El bus azul que pasa cuando no estás allí
Las flores abandonadas pudriéndose en la botella
El archivo de Word que se te pierde
La clave de acceso que olvidaste
La caca de perro en el zapato...

Hago listas de pequeñas venganzas
ocultas
para que la vida te las mande
y no puedo dejar de encogerme
ante la estatura de tu maldad.

XIX

Tostada de plátano,
el último aguacate,
un tinto,
veinte palabras indecentes.

Tus manos
Un abrazo,
Mis zapatos en el tapete.

Juntos miramos
La cuerda de pájaros
mientras llueve.

No digo más.

Inventen.

XXX

Cali viene de cala
cala que perdió su mar.

Quien a Cali llega
y mira, no cesa de preguntar:
- ¿Con viento sol y palmeras
el mar dónde quedará?

El viento responde quedo
y con sabores de sal:
-En las arenas calientes
que voy llevando al pasar,
en el andar de sus gentes
que ondulan al caminar.

Cali viene de cala
cala que perdió su mar.



Este libro es una coedición entre la Secretaría de Cultura del Valle del Cauca y la Fundación Universitaria Católica Lumen Gentium.

Se usaron fuentes de letra Bodoni MT y Lora regular; se ha usado para la impresión de la carátula propalcote de 240 gramos y para las páginas interiores propalibros de 75 gramos.

Se terminó de imprimir en septiembre de 2019 en los talleres de la Unidad Gráfica de la Facultad de Humanidades, Universidad del Valle, Cali, Colombia

En cuanto más temprano se acerque el niño a una experiencia gratificante con la lectura tendremos mayores posibilidades de crear lectores.

Planteamos en este libro tres pautas para realizar lecturas en voz alta con niños: aprender adivinanzas, inventarlas, aprender a fabular y poder decir poemas de memoria. Esta experiencia estimula el desarrollo del lenguaje, enriquece la relación de los niños con la música del idioma, crea vínculos afectivos con el texto aprendido, ayuda a la comprensión y a disfrutar plenamente el texto haciéndolo propio.

Las adivinanzas, las fábulas y los poemas que ofrece este libro son particularmente propicios para este tipo de ejercitación, con ellos se pueden lograr experiencias muy placenteras para los pequeños lectores que empiezan a formarse.

Consuelo Bravo Pérez
Secretaria de Cultura del Valle del Cauca



**GOBERNACIÓN
VALLE DEL CAUCA**

Secretaría de Cultura



FERIA INTERNACIONAL
DEL LIBRO CALI
2019

ISBN 978-958-52090-6-0

